

\*\*\*\*\*

## ALTARANA

### EL PROGRAMA DEL ALCALDE

Altarana es un pueblecito de los Alpes occidentales, formado por dos estrechas manzanas de casas unidas entre sí por medio de un puente de piedra, bajo el cual pasa un torrentillo que se encamina, á grandes saltos, hasta el torrente verdadero que da nombre al valle, verde y solitario, cerrado en el fondo por la blancura resplandeciente de una nevera. La pendiente de la montaña, encima del pueblo y debajo de él, es muy rápida, y se halla cubierta de castaños, de hayas, de abedules y de olivos á través de cuyo follaje se ven, acá y acullá, algunas casitas, cerradas como sepulcros durante nueve meses en cada año. El pueblo tiene una sola calle, muy larga, que forma una serie de plazoletas irregulares: delante de la iglesia, frente al Ayuntamiento, á la entrada de la botica y al pie de una posada de no malas apariencias que se abre siempre en Junio y se cierra en cuanto llegan los primeros fríos. Los habitantes compensan, á fuerza de laboriosidad y de economía, la insuficiencia de los productos de la comarca, reduciéndose á vivir de leche y de polenta, rociada algunas veces con aguardiente. Las mujeres hacen de bestias de carga; los hombres emigran en la estación buena y no tornan hasta el invierno. Lo cual parece que ayuda al crecimiento de la población, porque se ven montones de chiquillos



rubios, coloradotes y muy sucios, por todas las puertas. Como á una milla más abajo del pueblo, en el camino real del valle, existe un arrabal inculto que lleva por nombre las «Casas rojas», y forma parte del Municipio. En verano se advierte en todos esos lugares un estremecimiento de bienestar profundo, una música de aguas, una pompa de flores que hechizan; en otoño é invierno todo está silencioso y triste. El único torrente del fondo conserva su hervir sonoro, que llena el valle, interrumpido por el continuo martilleo sobre los yunques, producido por los contados herreros que hay en el contorno.

Al día siguiente de su llegada, vió Emilio presentarse en la casa una especie de malhechor, de baja estatura, pero anchísimo de espaldas, bizco, y con un gran sombrero calabrés y una enorme barba entrecana; el tal sujeto, con una voz de gallo que, al salir de entre aquel bosque de pelos, daba risa, invitó á Emilio, de parte del alcalde á encontrarse en la Casa Ayuntamiento á una cierta hora, en la cual debían reunirse en el mismo sitio todos los profesores del pueblo. El dependiente del Municipio había sido picapedrero, hasta que un rancajo de piedra le inutilizó un ojo; por eso los del pueblo, con cortesía montaraz, solían llamarle «el tuerto» ó «el bizco», apodos que aceptaba él con indiferencia, cuando no había bebido.

En la hora señalada hallóse el maestro en la Casa Consistorial, impaciente por ver juntos á sus colegas, porque su precoz experiencia del mundo había despertado en él aquella curiosidad de conocer nuevos originales humanos; curiosidad que no suele variar sino mucho después, en la edad de la observación.

En la sala del Concejo se hallaron cinco; tres maestras y dos maestros; era la sala un cuarto bajo y estrecho en que había, de una parte, varios órdenes de estantes llenos de cajas de cartón, en las cuales se contenían colecciones de actas oficiales y varios registros; y en la otra un retrato en litografía del Rey; retrato que las moscas se habían cuidado de ennegrecer por completo, y á uno y otro lado un calendario escolar y una lista de las autoridades del pueblo. En medio estaba la mesa de las sesiones, formada por

cuatro mesitas de diferente altura, cubiertas por un tapete agujereado. Allí se respiraba el moho y la humedad, como si las ventanas no se hubieran abierto hacía un año.

Un hombrecillo obsequioso, vestido de un modo intermedio entre el mozo de café y de escribano, con un semblante agudo y dos bigotes de ratón, se presentó primeramente él mismo á Emilio Ratti, diciéndole que era el secretario del Ayuntamiento, y después le nombró á sus colegas. La señora Pezza, maestra de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>; la señorita Vetti, maestra de la escuela del arrabal de «Las casas viejas»; la señora Falbrizio, maestra de 1.<sup>a</sup>; el señor Calvi, maestro de 1.<sup>a</sup>

Emilio fijó su atención en la maestra Vetti, la que, al observar la mirada del maestro, bajó sus ojos, pero con esa expresión viva que diferencia el acto mismo cuando se hace por coquetería y cuando se realiza por modestia. No dudó un momento: aquélla debía de ser la maestra de quien Lérica le había hablado; era una figura de modistilla morena, que se había pintado para disimular un poco lo obscuro de su cara, y cuyos movimientos todos, aún los más ligeros, dejaban entrever, bajo el chal, un cuerpecito flexible de bailarina. La señora Pezza era una joven de más de treinta años, amarilla, con los ojos malos y vestida como una mujer que no se cuida ya de sí misma; y la señora Falbrizio era una aldeana de cincuenta años, con una cara tosca y astuta, con pañuelo á la cabeza y el delantal y las tijeras atados á la cintura. Por lo que respecta al señor Calvi, alto y afeitado, vestido con un sobretodo verdoso que se le caía de los hombros, hizo que Emilio recordase á cierto pobre poeta hambriento que había estado diez años antes en su ciudad natal, y había dado allí academia de literatura antigua en la tienda de un barbero.

Cinco minutos después se presentó el alcalde, seguido del superintendente.

Era alcalde hacía cuatro años. Había sido el fundador de la gran posada del pueblo, que le había comprado después un fondista de Turín, el cual la había ensanchado y embellecido; al presente, vivía de sus rentas, que consistían en dos casas y una gran ex-



tensión de monte. Su cara denunciaba su primitiva profesión; una cara de cocinero: ancha, afeitada, coloradota, una verdadera vejiga de manteca, de la cual se destacaban dos labios gruesos de sátiro, á través de los cuales se descubrían los dientes grandes y blancos: llevaba rapada la cabeza y tenía el cuello muy corto.

Entró con la desenvoltura estudiada de un comediante, sonriéndose con todos, y diciendo:

—Señores profesores, «siéntensen» ustedes.

Cuando los vió sentados en un lado de la mesa, se sentó al otro, y cerca de él tomó asiento también el superintendente, un hombre de cincuenta años, con una cara bonachona, formada, al parecer, por dos medias caras de personas distintas, y que descansaba la barbilla sobre una papada enorme que iba á esconderse bajo la camisa.

Era aquél el año en que debía ponerse en vigor la nueva ley de instrucción primaria obligatoria, y el alcalde había reunido á los profesores para hacerles algunas advertencias relativas al caso. Principió, pues, su perorata sin sujeción alguna á las reglas gramaticales y pesando sus palabras, pero con cierta franqueza.

—Este año, por fin, señores maestros, pues que tendremos vigente la nueva ley de enseñanza obligatoria, les he llamado precisamente para eso. Ustedes me conocen y saben si soy apasionado por la instrucción. Y precisamente este año es necesario que redoblemos nuestra actividad. Ahora lo digo: se trata de que declaremos á la ignorancia una guerra á muerte... á muerte. Esta es mi palabra. La ley es sacrosanta. A nosotros nos toca hacerla respetar todos, con buena voluntad; estimular á los padres y á las familias y tener las escuelas llenas y conquistar honra. Por mi parte, declaro que iré adelante sin contemplaciones, y ahora el secretario dará á cada uno la lista de los que resultan obligados por la ley, que hemos formado con toda exactitud y puntualidad. Lo repito: no se trata de transigir; serán rigurosamente denunciados al señor gobernador los nombres de los padres

rezagados. Cincuenta céntimos de multa, dos veces repetida, y después tres pesetas, seis pesetas, cien pesetas. Suplico á ustedes que se lo hagan entender ustedes mismos á sus respectivos alumnos, y, si es preciso, visiten las casas de los padres y las madres para persuadirlos. Vuelvo á recomendar esto. Comencemos el año bien, que todo irá bien en beneficio de la población. Resolución, instrucción, energía, no detenerse nunca. Esto en general, y por lo que respecta á la aplicación de la ley.

Aquí, cuando todos esperaban que, concluido el exordio, entraría de lleno en el discurso, comprendimos que el discurso había terminado.

—En cuanto á lo demás,—prosiguió el alcalde,—nada tengo que decir. Señor secretario, las listas.

El secretario, que había escuchado el discurso con la más profunda atención, saltó de su asiento y entregó á los maestros las listas que tenía ya en la mano. El alcalde se levantó, y se levantaron todos. Ratti echó una ojeada á su lista; los alumnos eran setenta y cuatro.

Como un soberano después de recepción solemne, el alcalde dirigió algunas palabras afectuosas, sucesivamente, á todos los profesores, menos á la maestra señora Falbrizio. Observó el joven que, al decir á la maestría que mandaría cambiar la cuerda de la campana de la escuela, se acercó á ella de un modo no muy correcto, hasta el extremo de tocarse ambos con las narices; tenía la maestra, como muchas mujeres, en el movimiento, en la sonrisa, en las palabras, todos los atractivos y los acentos de la voluptuosidad expresados con una verosimilitud tan fiel, aunque un poco desenfrenada, que excitaba los sentidos. Preguntó á la señora Pezza cómo estaba de salud, y sacudió la cabeza, demostrando su sentimiento. Al maestro Calvi le preguntó familiarmente:

—¿Y qué tal, qué tal? ¿El nuevo silabario va bien?

El maestro, gesticulando mucho, le dió una explicación que no se acababa nunca. A Emilio le apretó la mano, repitiéndole las frases del programa:



—Nos hemos entendido; guerra á muerte á la ignorancia; esta es nuestra bandera; conformes en esto, estamos conformes en todo.

Y con estas palabras la reunión tuvo acabamiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

LA INSTRUCCIÓN OBLIGATORIA EN MONTERREY, MEXICO

Desde los primeros momentos comprendió Emilio que debajo de aquel belicoso programa debía de ocultarse bastante de charlatanismo, y también no escasa provisión de aquella ignorancia á la que pretendía el alcalde combatir á muerte. Pero pensó que, por lo menos, aquel alcalde no iría á la escuela para molestarle con la gramática. Visitando la escuela, observó que sería preciso, antes que á la ignorancia, combatir á otra enemiga, que era la suciedad. Las escuelas de niñas estaban en el piso bajo de una casa ya vieja próxima al monte, y que habían transformado en escuela, como habían podido, derribando algunos tabiques; en uno de los cuartos del piso de arriba estaba la clase superior de niñas, y en los otros, á lados distintos del descansillo, habitaban el dependiente del Municipio y su mujer. La clase de Emilio era un cuartucho bajo, alumbrado por dos ventanitas enrejadas, atravesado de parte á parte por un larguísimo tubo de estufa, con el artesonado negro de humo y una de las paredes engrasadas por las cabezas de los alumnos que á la escuela habían asistido quizá durante veinte años. Había allí hasta cuatro carteles, dos de los cuales, ya carcomidos, tenían la fecha de 1847. Completaban el cuadro las paredes manchadas de humedad, los cristales unidos con papel, las telarañas en todos los rincones y una escoba sucia que se mostraba arrogantemente en el hueco de una ventana. La primera vez que Emilio vió aquéllo, recordó estas palabras de Tommaseo: «Cuando la escuela no es un



templo, es un cubil.» A aquella escuela podía referirse, al pie de la letra, esa frase.

Comenzó, no obstante, con muy buenos deseos. La novedad de la instrucción obligatoria dábale aún mayor ardor, como si con ella debiese principiar un período nuevo y mejor de existencia; un período en el cual los padres, más convencidos de la importancia que la instrucción tiene, al verla impuesta tan solemnemente, como un sagrado deber social, habrían de conceder al maestro más respeto, y más consideración auxiliarlo, en cierto modo, en su oficio, empleándose con más empeño en infundir á los niños el amor á la escuela, haciéndoles asistir á ella todos los días y todo el año. Por su parte, estaba resuelto á hacer todo lo posible para que la ley fuese cumplida.

El día de la apertura se le presentó una compañía de muchachos sanotes, vigorosos, de un hermoso color de montañeses, con cabecitas que revelaban fuerza de voluntad, y ojos azules claros, que hacían esperar indole apacible. Pero los allí presentes eran cincuenta y tres, siendo así que los inscritos eran setenta y cuatro. Verdad es que este número no hubiera cabido en la escuela, y en eso no se había pensado. Pero en lo que respecta á la ley, no había que decirlo; veintiún ausentes eran muchos. Transcurridos algunos días, el maestro formó su lista y se la presentó al secretario; éste la transmitió al alcalde, y le pidió al mismo tiempo noticias relativas á los padres, para ir en busca suya. Casi todos estaban fuera del pueblo. Determinó Ratti hacer dos ó tres visitas al día, desviando, ya á un lado, ya á otro, su paseo acostumbrado. Comenzó su expedición con celo verdaderamente apostólico, después de haber preparado en su pensamiento algunas exhortaciones breves, razonadas, y que le parecían de efecto seguro. Pero sus ilusiones duraron muy poco. Aún presentándose de una manera atenta y amistosa, en casi todas partes fué mal recibido. Algunos le dijeron claramente que no habían enviado á la escuela á sus hijos porque necesitaban de ellos para las labores del campo; otros, porque la escuela estaba muy lejos; otros, porque el muchacho no estaba muy bien de salud; y mientras hablaban, estaba allí el enfermo

mascando pan á dos carrillos. Emilio procuraba primeramente persuadir, después apercibir en nombre de la ley.—¡Ah! ¡La multa! le contestaban. Esas son niñerías. ¡Sería de ver que el señor alcalde se atreviese á quitarme de la boca ese pedazo de pan!—Reíanse algunos diciendo que todo se reduciría á publicar los nombres de los padres en algún sitio donde nadie pudiese verlos. Uno de aquellos aldeanos le dijo: «¡Ah, sí! Todavía nos faltaba esta vejación. No era suficiente la «leva», era necesario agregarle la «obligatoria». Sin duda el señor alcalde me pagará el criado que he de poner en el lugar de mi hijo, que es quien ahora va á mis recados; sin duda el señor pretor se propone venir para llevar mis vacas á que pasten... Dejemos esto así, señor maestro. ¡Se necesita valor para venir con estas embajadas!» Pero los más originales eran los que razonaban sobre la cosa tranquilamente, como si enviar los chicos á la escuela fuese prestar al Gobierno un servicio que les diera derecho á un premio.

—Pues bien—le dijo uno de éstos en la conversación,—si el Gobierno quiere á los muchachos en las escuelas, que los subvencione. A los soldados se les mantiene y se les paga, me parece. Ahora el Gobierno quiere escolares, pues que pague los escolares.

A pesar de todo, en parte por miedo á la multa, en parte por condescendencia, seis ó siete de las veinte familias rehacias enviaron al fin sus chicos á la escuela. En cuanto á las otras, comprendió el maestro que no quedaba más remedio que esperar los efectos del rigor del alcalde, y desistió de su propaganda.



## CURA Y SECRETARIO

Emilio había encontrado alojamiento no muy distante de la escuela, en una casita desenesada y negra, en cuyo piso bajo vivía el secretario del Ayuntamiento, y en el piso primero, en la meseta misma, la maestra señora Pezza, que habitaba con una hermana de mucha edad. La casa, compuesta de dos alas unidas en ángulo recto, formaba un patio pequeñito, abierto en la mitad del valle, y de aquella parte corría á lo largo de los dos lados un terradillo sobre el cual daban; acá, la puerta vidriera del cuartito de la maestra, allá, la del cuarto de Emilio; una cancela de madera separaba ambas alas del terradillo. El secretario, soltero, tenía en el piso bajo una alcoba y una cocina, á la que venía diariamente dos veces una vieja para condimentarle los alimentos. Con esta vieja se arregló el maestro, previo permiso del amo, para que en la misma cocina le aliñasen también algún alimento, que Emilio, sin embargo, había de comer en su estancia. Esta circunstancia de tener criada común dióle ocasión de familiarizarse pronto con aquella personilla de aguda barba y de bigotes de topo, cuya timidez había notado en la sala del cabildo. Era hombre de unos cuarenta años, si bien, á causa de su exigua estatura, parecía más joven; tenía el aspecto de un empleadillo vulgar, cuyo semblante y cuya manera de moverse, de estar parado, de hablar, expresaban un sentimiento de temor indefinido, mezclado con un respeto obsequioso é inquieto hacia algún gran personaje presente, á quien

sólo él veía. El aseo escrupuloso de sus ropas raídas, el cuidado que ponía en no estropearlas, al moverse y al sentarse, dejaban adivinar una vida entera de economías, de previsión, de cuidados; y lo mismo le sucedía con las palabras: pesábalas una á una en su fuero interno antes de decirlas y después de haberlas dicho, como palabras de testimonio judicial. Tenía también la costumbre de hablar en voz baja siempre, hasta en su casa, y mirando en rededor suyo, como si temiera que dentro de cada mueble hubiera escondido un espía. A este desdichado, en quien parecían estar encarnadas todas las angustias, todas las dificultades y todos los peligros de su cargo, sintióse ligado el maestro muy pronto por lazos de simpatía; y aunque su conversación resultaba necesariamente algo deslavazada, porque no había modo de sacarle de la boca una indiscreción, ni siquiera un juicio, ni aún benévolo, sobre las personas del Municipio, ó sobre sus hechos, se acostumbró á pasar con él la noche en su cuarto muy agradablemente. No tardó mucho en descubrir un vicio del secretario: era aficionado á la bebida. Pero bebía solamente en su casa, y á obscuras. Percatóse Ratti del extraordinario respeto que su vecino manifestaba al personaje invisible y del redoblado celo con que elogiaba á la autoridad en ciertas horas de la noche. Ocurrió, precisamente en una de esas horas, que enterándole de cómo el cura se había curado de su erisipela, le aconsejó con mucho miramiento que fuese á visitarlo; y cuando le oyó decir que iría, se alegró mucho, y le dijo al oído:

—Siempre es prudente.

Prevenido en contra por la experiencia del cura de Piazzena, fué Emilio, de muy mala gana, á visitar al párroco, dispuesto á tropezar con otro clérigo del mismo jaez. No sucedió así; antes por el contrario, halló un cura, no solamente distinto de todo en todo, sino completamente nuevo para él. Hallóle en el fondo de una habitación larga y muy estrecha, sentado cerca de la ventana y delante de una mesita en la que sólo había un libro abierto. Estaba anocheciendo y llovía: en la habitación reinaba tal obscuridad, que Emilio no habría de modo alguno adivinado, ni aproximada-



mente, la edad del sacerdote, si las facciones firmes, de hombre en el vigor de su edad, con la gran frente huesosa sobre la nariz aguileña, no se hubieran proyectado de perfil sobre el resplandor crepuscular de la ventana. El recibimiento fué brusco y extraño, como el perfil lo era.

—Agradezco á usted su visita,—dijo al maestro, hablando de prisa, con voz clara y con una pronunciación italiana que, aún conservando el dejo provinciano, revelaba cierta cultura. Pero si viene usted para hablarme de la escuela, no era menester que se hubiera molestado.

Emilio se asombró, y preguntóle el por qué. Después respondió de pronto y muy secamente:

—He venido para cumplir una obligación de cortesía.

—Entonces—replicó el sacerdote,—tanto mejor. Pero quiero decirle en pocas palabras, con toda lisura, mi manera de pensar. No me entremeto, en nada y para nada, en las escuelas municipales, porque desapruébo en absoluto cuanto allí se hace. Lo dicho. Desapruebo lo que allí se habla de religión, el sistema educativo empleado con los niños, el criterio adoptado para la elección de los maestros, los programas, los libros, todo, en fin; y, no pudiendo lograr que se haga lo contrario de lo que se hace, para no dar ocasión á que surjan disgustos infructuosos, me retraigo.

Emilio quiso hablar. El sacerdote le atajó, diciendo:

—Es inútil, y perdóneme usted. Aún puesto caso de que usted fuese, en todo y por todo, de mi opinión, sería tiempo perdido el que empleásemos en discurrir juntos: porque, á pesar de todo, usted no podría dar sus clases con arreglo á sus ideas y á las mías. La escuela elemental es lo que es, ó mejor dicho, lo que la han hecho ser, y ningún maestro puede cambiarla. Ahora bien: yo profeso la firme, la invencible convicción de que, fuera de la ley divina, no es posible fundar la educación de la infancia sino sobre un amasijo de contradicciones absurdas, y de que, por consiguiente, la escuela, tal cual hoy la tenemos, con esta ficción de enseñanza religiosa que sería más honrado quitar; la escuela que pone á Dios á un lado,

cuando no lo esconde por vergüenza, es la peste de la juventud y conduce hacia su perdición á las sociedades. No soy hombre de estudios, y no sé decirle otra cosa. Pero estoy seguro de esto como de una verdad de aritmética. Usted dirá: «Es un sacerdote el que habla.» Pues aseguro á usted que si yo no fuese cura, y si fuese además incrédulo, estaría igualmente convencido de lo que he manifestado. A su debido tiempo expuse estas mismas declaraciones al señor alcalde, con quien no estoy de acuerdo. Por eso no he aceptado la superintendencia. No pienso en los niños más que en el templo. Usted puede hacer y decir en su escuela lo que le parezca. No reconozco la escuela actual. Sobre este punto, perdóneme usted la franqueza, quedemos así de una vez para siempre.

Dudó Emilio un instante entre si debía ofenderse por aquel discurso, ó si estaba en el caso de manifestar absoluta indiferencia; pero dominado por cierto respeto que aquella sinceridad imponía, respondió:

—Está bien; usted persevera en sus ideas, yo persevero en las mías. Soy hombre honrado, y como hombre honrado educo á los niños. Esto me basta.

—No basta—dijo el sacerdote.

El maestro lo miró con asombro.

Entonces el cura, levantándose, prosiguió:

—Usted es honrado porque desde niño fué educado como usted no puede hoy educar á los otros, es decir, con la religión. Por esta causa los niños de hoy valen menos que valían los de ayer, y los que vengan mañana serán peores que los de hoy. Y así andaremos hacia adelante hasta la ruina. Y si no llega ahora mismo esa ruina, es porque, sin quererlo ni echarlo de ver, los maestros, las familias y los alumnos tienen todavía un pie sobre los restos del antiguo cimiento. Cuando ese resto falte, sépalo usted, llegará día en que los maestros no se atreverán ni aún á decir á los niños: «No robéis.» No lo dirán ellos, sino los guardias civiles... si los hay todavía. ¡Así pudiera salvarse mi alma como estoy seguro de esta verdad!

—A lo menos—dijo Emilio sonriendo,—ya en la puerta, estoy muy seguro de que no veré ese día.

—¿Cuántos años tiene usted?



—Veintitrés.

—Pues bien—dijo el cura;—no se forje usted ilusiones. Vaya usted con Dios.

El maestro se hallaba, como joven, demasiado imbuido y animado de sus ideas propias para que saliese turbado de aquella conversación; pero sí salió con una duda extraña en lo que se refiere al hombre. Había visto en su rostro y oído en sus palabras alguna cosa por la que se hubiese atrevido á jurar que le faltaba la fe religiosa de que hacía alarde; parecíale también que si hubiera tenido esa fe, en lugar de retraerse, como hacía, habría combatido con ardimiento para hacerla triunfar. No; no hubiesen hablado así á un joven un sacerdote culto y religioso en el fondo de su alma; no le hubiesen hablado así algunos sacerdotes ancianos á quienes él conoció siendo muchacho, á quienes su madre respetaba, y cuya voz aún resonaba vagamente en su oído, suave, cariñosa hasta conmoverlo y persuadirlo, más con el tono que con el sentido del discurso. No; Emilio habría jurado que aquel sacerdote no rezaba, y que en toda su vida había llegado hasta el corazón de uno de sus feligreses. No; no era un sacerdote creyente. Había adivinado, no obstante, en él un convencimiento profundo de lo que decía; hasta tal punto, que de su sinceridad habría dado fe el mismo Emilio. ¿Cómo era posible esa contradicción? Conociéndolo mejor, acaso lo comprendería; andando el tiempo quizás se lo explicase alguno. Por el pronto, Emilio Ratti no lograba comprender. Con este enigma en la cabeza salió de la casa, y también con un pensamiento consolador. «He ahí otro, pensó, que no irá á entremeterse entre los discípulos y el maestro.»

#### EL MAESTRO CALVI

Deslizáronse tranquilamente las primeras semanas hasta en la escuela, en la cual había vuelto Emilio, con satisfacción suya, al método de reserva y de firmeza que, con efectos tan deplorables, había abandonado en el último mes de su estancia en Piazzena. Contra lo que él esperaba, porque el tiempo prescrito había ya pasado, impusieronse algunas multas á los padres; cierto día vino uno á la puerta de la escuela á vomitar injurias contra todos los poderes del Estado, pero llevó á su hijo; otros cinco ó seis rehacios también comparecieron. El alcalde estaba, pues, resuelto. El maestro comenzó á simpatizar con él. Parecía que también el maestro era del agrado del alcalde, porque le encargó de dar clases nocturnas. Una mañana fué exprofeso á la escuela para proponérselo.

—El maestro señor Calvi—le dijo,—es un excelente profesor y un hombre de talento; pero tiene otras ocupaciones. Además, las cosas nuevas necesitan maestros nuevos. Adelante, pues; mañana se publicará el anuncio abriendo la matrícula, y en la semana próxima daremos principio. Verá usted, verá usted; vamos á transformar el pueblo.

Efectivamente, una semana después daba Emilio la primera lección á unos veinte alumnos, entre jovenzuelos y hombres maduros; un aprendiz de carpintero, dos herreros, algunos pastores, el campanero y un viejo que desempeñaba juntamente los oficios de barbero y de pescador de truchas en el torrente; varios de és-



tos sabían un poco de lectura y de aritmética y asistían para perfeccionarse. Esta clase nueva, que no le daba en qué pensar en lo referente al orden y en lo relativo á la enseñanza, le presentaba dificultades nuevas, como la necesidad de emplear procedimientos más rápidos y de dar enseñanza casi por atajo, más sustanciosa y más desnuda que la dada á los niños, lo recreó el principio y le proporcionó el medio de hacer muchas observaciones provechosas. Lo malo era que habiendo de servir para todos una lámpara de petróleo colgada en medio del techo, necesitaban los alumnos, si habían de ver en sus libros y sus cuadernos, agruparse debajo de la luz, pegándose unos á otros, y los que estaban lejos, si hallaban en lo impreso letras pequeñas, habían de encender fósforos para alumbrarse. Pero había en todos muy buena voluntad, y hallándose la habitación templada con la estufa, que para algunos era una bendición de Dios, la tarea del maestro resultaba menos dificultosa. Solamente abrigaba Emilio un temor: el de que su colega el señor Calvi se hubiese ofendido por la preferencia que Emilio mismo había logrado; pero habiendo tenido ocasión en aquellos días de visitarle varias veces y de conocerle mejor, se tranquilizó por completo. El maestro señor Calvi era un pensador progresista, algo caprichoso, á quien faltaba muy poco, poquísimo, para ser un hombre de ingenio. Pasábase la vida buscando nuevos métodos, de los cuales ensayaba uno al mes, con la esperanza, renovada siempre, de obtener milagros, pero con el aprovechamiento de sus discípulos que cualquier maestro puede figurarse: métodos de lectura, de escritura, de numeración, de educación, de mnemotecnica, de todo. Durante algún tiempo había enseñado el abecedario poniendo cada letra como inicial de un nombre de animal: *A* sno, *B* uey, *C* rocodilo, *D* anta, *E* lefante, etc. Pero se había visto precisado á desistir por la ruidosa é irresistible hilaridad que producían ciertos equívocos, motivados por esta nomenclatura. Después había hecho escribir á los alumnos, durante los primeros meses, con lapiceros negros, rojos y azules por ciertos efectos excelentes, tanto ópticos como intelectuales, producidos, en opinión del maestro, por aquella

alternativa de colores. También había discurrido un medio de enseñar á escribir comenzando por la derecha. En lo que respecta á la disciplina, había estado por algún tiempo aplicando á los delincuentes la pena del talión: hería un chiquillo á otro con un clavo; el maestro hacía que le diesen el clavo y con él pinchaba al agresor. Había tenido, sin embargo, grave disgusto con un padre, porque, ajustándose con excesivo rigor al precepto pedagógico que impone la realización de las amenazas, después de haber amenazado á sus alumnos con que los haría tragar los escarabajos si los llevaban á la escuela, había hecho tragar efectivamente uno á un pobre chiquillo, que se fué á echarlo á su casa, gritando como un condenado. En todo lo demás era bueno y tolerante, quizá demasiado, con sus discípulos; si llevaba á cabo, tal cual vez, aquellas crueldades, era con el propósito de abrir nuevas vías á la ciencia de la educación. Corresponsal infatigable de varias publicaciones de enseñanza, á las que enviaba sus proyectos y artículos de todas clases, escribía en la escuela sus cartas y sus disertaciones, leía periódicos, hacía dibujos, meditaba; en su mesa de clase había un «totum revolutum» de libros, de cartapacios, de folletos mezclados con frascos de tintas de varios colores, puntas de cigarros, pañuelos, cosillas de museo pedagógico, fabricadas por él mismo; y los muchachos, por su tendencia natural á la imitación, convertían los bancos en otros tantos almacénillos de todo. Esto no obstante, el maestro era muy del agrado del alcalde, por la variedad continua de los propósitos que sometía á su aprobación, y que el alcalde aprobaba siempre, sin realizar ninguno. Ya era la formación de un comité para la propaganda de la instrucción popular; ya la celebración de una «fiesta intelectual» á beneficio de las escuelas municipales; otras veces un experimento público de ciertos ejercicios que él denominaba «carreras vocales», y que consistía en hacer que los alumnos corriesen recitando algunas poesías escritas «ad hoc». Esto, á juicio del inventor, proporcionaría datos preciosos para demostrar los efectos del movimiento acelerado en los órganos de la voz y de la memoria. Absorto en estos pensamientos, el se-